

PRESENTACION DEL LIBRO *CUESTIONES DISPUTADAS:
ACERCA DE LO MALO*, DE SANTO TOMAS DE AQUINO
(INTRODUCCION, TRADUCCION, COMENTARIOS Y NOTAS DE
HUMBERTO GIANNINI Y MARIA ISABEL FLISFISCH)*

por Antonio Arbea
Departamento de Filosofía
Universidad de Chile

Autoridades, Señores Profesores, Señoritas, Señores:

Quiero comenzar expresando que me siento muy honrado de hacer uso de la palabra en una ocasión como ésta, en que se hace la presentación de un libro. La publicación de un libro no es un hecho trivial, especialmente en un medio como el nuestro, que no es precisamente pródigo en acontecimientos de este tipo. Me siento, pues, muy honrado, digo, de participar en este acto, pero, por sobre todo, me siento muy complacido, porque el libro cuya presentación nos reúne hoy es el de dos personas a quienes admiro mucho y por quienes siento un gran afecto.

El libro **Cuestiones Disputadas: Acerca de lo Malo**, de los profesores Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch, publicado por la Editorial Universitaria, forma parte de la colección "El saber y la cultura". Es el tercero que los autores publican en esta serie: antes de éste, fueron, en 1988, **Las categorías de Aristóteles**, y en 1990, el **Tratado político de Spinoza**. Buena sociedad, pues, ésta entre Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch: desde sus respectivas disciplinas -la filosofía y la filología grecolatina- ellos han sabido dar con una forma muy feliz de actividad asociada, con un modo ejemplar de trabajo interdisciplinario. La interdisciplinariedad no consiste -como suele pensarse- en confrontar disciplinas ya constituidas, de las que, de hecho, ninguna consiente en abandonarse. Para que la interdisciplinariedad se dé, no basta con escoger un tema y convocar en torno a él a dos o más disciplinas. La genuina interdisciplinariedad consiste en crear un objeto nuevo, que no pertenezca a nadie; un objeto que constituya una tarea por hacerse, y que se encuentre, por decirlo así, equidistante de cada una de las disciplinas convocadas. Eso es, justamente, lo que ha ocurrido, a mi juicio, en los casos de estos tres libros de Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch: el de Aristóteles, el de Spinoza, y éste de Sto. Tomás.

Me parece digno de destacarse, además, el que estos tres libros sean los frutos de sendos proyectos de investigación llevados adelante por los autores: el libro de

* Palabras pronunciadas por Antonio Arbea G. en la ceremonia realizada el 24 de agosto de 1994 en la Sala Domeyko de la Casa Central de la Universidad de Chile.

Aristóteles lo es de un proyecto del Departamento Técnico de Investigación de la Universidad de Chile, y los de Spinoza y Sto. Tomás, de proyectos de Fondecyt. No es lo más frecuente, entre nosotros, que los realizadores de este tipo de proyectos se impongan a sí mismos la exigencia de culminar sus investigaciones con la edición formal de un libro, aunque habría, tal vez, que convenir en que ésta es, si no la manera más indicada de coronar un proyecto de investigación -particularmente en disciplinas como las que cultiva una Facultad de Humanidades-, sí una muy responsable respuesta al apoyo que la comunidad brinda a las actividades de investigación a través de las instituciones encargadas de promoverla.

El libro que hoy se presenta aquí es un producto altamente cuidado, tanto en su contenido como en su apariencia. Quisiera comenzar diciendo algo acerca de esta última: de su apariencia. Es un asunto ciertamente secundario, pero que...en fin, fue parte, si no propiamente de mi experiencia de lectura, sí de mi encuentro con el libro.

La portada trae un detalle del grabado **San Jerónimo en su estudio** de Dürero. En este grabado, tras la figura de San Jerónimo, se aprecian tres códices abiertos, con los que el Santo ha estado trabajando: uno está en hebreo, otro en griego, y el otro en latín. Si se observa con cuidado, puede verse que los tres códices contiene el mismo texto: el comienzo del Génesis. Hay además, sobre el escritorio, un cuarto códice, ocultado parcialmente por la cabeza de San Jerónimo. Por el tintero adosado a su costado superior derecho, debemos suponer que este cuarto códice es uno que el propio San Jerónimo está escribiendo, y que debe ser su nueva versión latina de la Biblia, la que posteriormente, por la amplia difusión que alcanzaría, sería conocida como la **Vulgata**, "la Divulgada". No sé con cuánta intención fue escogido este grabado de Dürero para ilustrar la portada del libro, pero personalmente lo encuentro muy apropiado. San Jerónimo, más que un santo -cosa que, a juicio de muchos, no lo fue tanto, particularmente por su mal carácter (tenía, como dicen los alemanes, genio de filólogo)-, más que un santo, digo, San Jerónimo fue justamente eso, un filólogo, un gran filólogo, y ello en un tiempo -siglo IV- en que la filología estaba todavía muy lejos de ser una disciplina constituida. San Jerónimo fue un traductor notable por la conciencia que tuvo de su tarea y por los cuidados que puso en ella, enteramente nuevos para su época. No sin razón, diez siglos más tarde sería tan apreciado por los humanistas, fundadores, ellos sí en propiedad, de la filología moderna. Se podría decir, pues, que este libro de Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch se inscribe, desde su portada misma, en lo mejor de nuestra tradición filológica.

Sin entrar todavía en detalles, quisiera decir que este libro tiene también entre otras, la virtud de ser ameno. Los autores se han esforzado en entregar un texto limpio, ligero, con un aparato erudito reducido a límites tolerables. Sin renunciar a su carácter de libro técnico, es un libro escrito con gracia, exento de toda afectación y farrago; un libro -incluso diría- con un cierto saludable desgaire que consigue atemperar lo intrincado de la materia de que trata; un libro, en suma, alegre, invitante,

seductor, que se deja gratamente leer y que se adivina que fue escrito con placer. Y tiene además el mérito de ser breve: ya los antiguos griegos decían que “un libro grande es un mal grande”.

A propósito de lo que vengo diciendo, a propósito de esta -digamos- dimensión gozosa de este libro de Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch, permítanme hacer aquí una breve consideración más general, sugerida por la lectura del libro. En nuestra moral tradicional, oficial, el placer es casi siempre dejado de lado en provecho de valores supuestamente más fuertes, como la verdad o la responsabilidad, y la propia universidad no es ajena a un cierto rigorismo de cuño como puritano, que acorrala al placer hacia la clandestinidad, lo objeta, lo reprime, instituyendo una suerte de oscurantismo del placer y produciendo finalmente una verdadera frigididad académica. Como virtudes académicas, en efecto, solemos ponderar la dedicación al trabajo, la seriedad, la disciplina, la entrega; pero a todas estas virtudes nos las representamos con ceño adusto, casi sufriente. El placer, sin embargo, es también una dimensión de lo académico; existe también un eros académico. Si el trabajo universitario no está inserto en el placer, se vuelve moroso, funcional, alienado, burocrático; en fin, triste. Y en esto se juega también la suerte de los estudiantes. Debemos concederles a nuestros alumnos la felicidad de que se tenga necesidad no sólo de su competencia futura, sino también de su pasión presente. Pero para que ellos aprendan a disfrutar de la aventura del conocimiento, a gozar con el placer del descubrimiento, es preciso que tengan delante a un maestro entusiasmado, que disfruta intensamente con lo suyo. Mucho de esto, pues, se deja ver en este libro de Humberto Giannini y María Isabel Flisfisch.

En sus casi 130 páginas, nos ofrece, acompañada de comentarios y notas, la traducción al español de los cinco primeros artículos de una de las más extensas *Quaestiones disputatae* de Sto. Tomás: la *Quaestio de malo*, la -así podríamos traducir este título- **Investigación o Averiguación acerca de lo malo**. El conjunto de los cinco artículos viene precedido de una concisa introducción general, y cada uno de esos artículos cuenta, además, con una breve introducción particular que orienta específicamente la lectura del artículo correspondiente.

La introducción general se encarga de instruirnos selectivamente sobre asuntos tales como autor, época, género de la obra, etc. Hay en esta introducción un muy bien logrado intento de aproximarnos hasta esta obra, a la que se le notan sus años y de la que obligadamente tan lejos se siente un lector ingenuo de hoy. Aprendemos allí a apreciarla como una lección de controversia, como un recreo del argumento, como fruto de ese tan definido amor medieval por la dialéctica y sus teoremas filosóficos; se nos muestra allí, por dentro, la vitalidad del método escolástico y su conformación a partir de las prácticas escolares de entonces. Con escogida y pertinente información, en suma, esta introducción general consigue que salvemos buena parte de la distancia filológica a que se encuentra de nosotros la obra, convirtiéndonos, así, en lectores ideales de ella.

Pero esta introducción no es meramente informativa: junto con instruirnos, se propone también aproximar desde la obra hasta nosotros sus preguntas fundamentales en torno al tema de lo malo, haciéndolas **también** preguntas nuestras, involucrándonos vitalmente en el tema del tratado y vinculando estrechamente su discurso con nuestra existencia. Esto es algo que me parece particularmente digno de ser destacado: este atreverse a abordar asuntos de más densa sustancia humana que los que habitualmente tratamos en nuestras publicaciones humanísticas. Es efectivo que, puestos a escribir nuestros trabajos académicos, un porfiado pudor suele inhibirnos de mostrar nuestra intimidad y abandonar el terreno seguro de lo estrictamente -digamos- técnico. Y es que hacer eso bien, sin trivialidades, no es nada fácil. No tenemos adiestrada nuestra voz para hablar, por ejemplo, de lo que amamos, o de lo que nos angustia. La breve introducción general de este libro tiene el gran mérito de no olvidarse de que la filosofía puede seguir siendo -como tantas veces lo ha sido en el pasado- capaz de orientar y ennoblecer la vida humana. Es cierto que el tema de esta **quaestio** -el problema de lo malo- invita, más que otros, a encaminar el comentario por los cauces de una reflexión de carácter ético; pero también es cierto que un filosofar más intelectualista que el de nuestros autores, se las habría arreglado fácilmente para eludir ese expuesto derrotero.

La traducción del latín merece especial mención. El latín de Sto. Tomás, si bien varía algo de un escrito a otro, tiene, en general, rasgos permanentes bastante acusados; es un latín con carácter, reconocible a la distancia y muy distinto al de los demás autores. Es, por de pronto, un latín muy desaliñado, ajeno a toda preocupación estilística, reiterativo, rígidamente uniforme en su andadura, sin mayores sorpresas y sin otra pretensión que la de la claridad. Estos rasgos lo hacen, en alguna medida, un latín más sencillo de traducir que el de los autores clásicos; pero hay que decir que esta relativa sencillez del latín de Sto. Tomás no alcanza a todos sus rincones. En cuanto al léxico, por ejemplo, frecuentemente se emplean palabras del latín clásico con significados no clásicos, y a menudo, además, se introducen palabras no documentadas en los autores del período clásico. Su fraseología, por otra parte, es muy particular, también sin antecedentes en los autores clásicos. El conocimiento del latín clásico, en suma -que es el latín que uno conoce y el que regularmente se estudia en nuestras universidades-, no habilita sin más para entender el latín de Sto. Tomás. A ello hay que agregar que el estudioso no dispone aún de los instrumentos de apoyo necesarios para trabajar con seguridad en la traducción de estas obras medievales, y debe moverse por tanteos más o menos provisionales. Y por supuesto hay que recordar que, en el caso de Sto. Tomás -como en el de muchos otros autores-, la principal dificultad para traducir reside en que lo que se está traduciendo es, en cuanto contenido, difícil, complejo, aun traducido a nuestra lengua. La correcta y limpia traducción que aquí se ha hecho, pues, es muy meritoria, sobre todo si se tiene en cuenta que ésta es una de las obras de Sto. Tomás que hasta hoy no había sido traducida a ninguna lengua moderna.

Gran importancia tiene, pues, a mi juicio, para nuestro medio, la aparición de un libro como éste. Tiene, por de pronto, la importancia de ser la publicación de una fuente, no de un manual resumidor; y de una fuente hasta hoy inasequible en nuestra lengua. Los estudios universitarios, particularmente los de humanidades, están llamados a regenerarse permanentemente organizándose, de modo fundamental, en el estudio de las grandes obras, en la lectura e interpretación de los textos clásicos, en sentido amplio. La literatura secundaria -comentarios, estudios, panoramas, etc.- ha de ser siempre, por cierto, bienvenida; pero ella no puede ser un sustituto del encuentro directo del estudioso con las obras originales. Cualquiera de nosotros, sin embargo, habrá seguramente comprobado que nuestras bibliotecas pueden fácilmente llenar una estantería completa con obras, por ejemplo, acerca de la Edad Media, o del Renacimiento, pero que raramente pueden ofrecernos una edición, ni buena ni mala, de Bocaccio, o de Lutero, o de Ficino, para mencionar a autores de los que todos hablan. Hay que reconocer que nuestra información es, con demasiada frecuencia, de segunda o tercera mano. No se puede pretender que las humanidades recuperen su vigor manejando exclusivamente sucedáneos, que, a fin de cuentas, no hacen sino crear una falsa conciencia de saber. Por ese camino, lo único que cabe esperar es un progresivo deterioro.

En lo personal, debo dar testimonio de que, de estudiante, las mejores experiencias escolares las tuve asistiendo justamente al trabajo deliberadamente modesto, aunque altamente exigente, de leer y explicar un texto, de intentar comprender particulares problemas textuales, bajo la guía de un profesor que, ocultando su subjetividad casual, no pretendía ser otra cosa que un intérprete de la tradición. Desde hace un tiempo a esta parte, sin embargo, se advierte que otras prácticas tienden a imponerse, deformando a nuestros estudiantes. Las clases y los libros panorámicos, espectaculares como pueden ser, ganan un injustificado prestigio, y van convirtiendo al estudiante en un receptor pasivo de resultados que no está en condiciones de aquilatar, porque su experiencia carece de todos los atributos de una genuina experiencia científica: recibe respuestas a preguntas que nunca se ha formulado; se enfrenta a resúmenes sin haberse enfrentado antes al detalle del complejo resumido; hace al revés, en suma, el camino del conocimiento: parte por los resultados -provisorios, por lo demás-, sin ver jamás de frente los datos primeros en que se funda la reflexión.

Ojalá, pues, que los autores de este libro sigan produciendo más frutos como éste, y que nosotros sepamos aprovecharlos.